

En Una Playa

Delante de mí, el mar, tranquilo, verdeante. Arriba, un cielo de un azul clarísimo, sin nubes a excepción de algunos cúmulos nacarinos en el confín lejano, donde, en un difuminado violáceo, en una comba amorosa y lánguida, las dos inmensidades se encontraban de manera tan íntima que nunca podía decirse donde terminaba el mar, donde comenzaba el cielo.

La luz del sol de la mañana era una caricia blanda sobre mis carnes. Y en el ambiente tibio flotaba el acre yodo de la resaca que hacía del respirar una delicia infinita.

¡Qué solo y qué feliz me sentía en medio de la quietud inmensa de aquella playa a donde había ido huyendo del bullicio del mundo, con el corazón oprimido por el peso de una inmensa pena! En medio de aquella dulce soledad, encontraba, al fin, mi propia alma que hacía mucho pareció haberme abandonado en una fuga definitiva... Yo miraba el cielo, miraba el mar, y su serenidad y amplitud inmensas me acogieron como bondadoso templo donde llorar pudiera, en reposo apacible, todo el dolor de mi precaria vida.

Y ante mi vista surgió de pronto, un objeto que llamó mi atención de un modo obsesionante. Era un pedazo de corcho que la resaca se llevaba. Tirado al mar por alguna

mano descuidada, el pedazo de corcho era juguete de las olas en su constante vaivén; ya descansaba tranquilo sobre la arena de la playa, ya flotaba, arrebatado de nuevo por las inquietas olas, sin encontrar reposo. ¡Pobre pedazo de corcho! ¡Qué mano bondadosa te recogerá algún día feliz, para colocarte en sitio seguro, a resguardo de los elementos inclementes que disponen arbitrariamente de tí de una manera inicua y despiadada?

Iba respirando, a pleno pulmón, con fruición deleitosa, el yodado ozono del mar que parecía fortalecerme en carne y espíritu, cuando oí, detrás de mí, unas leves pisadas. Volví la vista y vi una delicada figura de mujer. Pasó cerca de mí, sin decirme nada pero me miró con una mirada corta, plena de alma, llena de piedad. La quise hablar para preguntarla por qué me miraba de aquella manera, pero aquella mujer miró hacia otra parte, con una manifiesta intención de imponer silencio. Y me callé. Sus ojos jugaron con la lejanía, voluptuosamente, acariciando con tierna avaricia la comba opulenta de la amplitud del mar. Su espigada silueta, se destacaba, claramente recortada en la perfección de sus líneas, tras el fondo verdeante de las aguas.

¡Oh! ¡Ella y el mar: dos inmen-

sidades crueles, despiadadamente inquietas! Entre las dos inmensidades y yo, la atracción de un formidable abismo: la Soledad. La soledad que reinaba en aquel paraje, la tremenda soledad que sollozaba en mi corazón. Y en la susurrante playa, las olas del mar jugueteaban aún con el pobre pedazo de corcho.

Mientras miraba compadecido el pedazo de corcho que, indefenso y sin fuerzas ni voluntad para resistir, estaba a merced de las inquietas aguas, frente a la silueta de aquella extraña mujer que me había mirado con compasión, sentí que al corcho y a mí nos cabía una suerte igual. Porque, ¡cuántas veces, en el curso accidentado de nuestra vida, igual que aquel pobre despojo del mar, nosotros, hombres fuertes que nos creemos—vir fortis—en instantes solemnes de nuestra corta existencia, bailoteamos, pirueteando con gestos ridículos, con la voluntad completamente vencida, al menor o mayor capricho de una mujer! Y entonces caemos de tumbo en tumbo, irremediablemente, hasta que un día venturoso, en una misericordiosa playa, nos ofrezcan un seguro asilo amoroso, los dulces brazos de la soledad donde, como divino consuelo a nuestra desventura, podamos, al fin recobrar el alma!

R. Escudero

ANUNCIOS

Se precisa buena mecanógrafa, que sepa perfectamente el castellano, inglés y tagalo. Preferible la que tenga experiencia editorial o haya trabajado en la redacción de algún periódico. Informes en las oficinas de esta revista.

AVISO

La Administración de "SEMANA" desea avisar al público en general y a los de la región bicolana en particular que nuestros agentes sólo están autorizados a solicitar suscripciones a la revista, pero no a COBRAR su importe, debiéndose remitir éste a esta Administración, 2109 Azcárraga, Manila. "Semana" no tiene ningún apartado de correos.